

bordes mas próximos, donde la esperaba su amante y libertador á caballo. Gozaba la Reina del aire libre, del cielo azul, del gorjeo universal entonado por los pajarillos en plácida mañana, del choque de los remos con las cristalinas aguas, del deseo cumplido y realizado, cuando su eterna seducción la perdió. Los bateleros, que habian conducido sin reparar en su porte á la pobre lavandera real, pararon mientes en el apuesto porte de la régia lavandera fingida. Uno, el mas audaz entre todos, llevó la mano al pañuelo para ver el hermoso rostro, acusado por tan excelente figura. Y ella, para defenderse, naturalmente de la indiscreta curiosidad, sacó una mano fina y blanca, segura delatora de su condicion y de su alcurnia. Dudaron un momento entre las súplicas de María y el terror á su carcelera, pero venció esta y volvieron otra vez á su prision la prisionera.

En vano endurecieron y agravaron su cautiverio. Jorge Douglas habia jurado á su amor salvarla, y no perdonó medio. Entre otros muchos, apenas concebidos cuando ya abandonados, encontró uno facilísimo, la seducción de cierto pajecillo, muy amado en su familia, y que no podia inspirar temores ni sospechas. Este paje, á la hora de comer en que toda la familia estaba reunida y María sola, puso una servilleta sobre las llaves colocadas junto al plato del gobernador de la fortaleza, y las distrajo con arte. Seguidamente se fué al cuarto de María; la guió por los largos corredores; la sacó por las puertas franqueadas todas á su industria, la condujo á preparado esquife, la transportó á la cercana orilla y la confió á manos de Douglas, quien la puso en salvo, acompañándola hasta el castillo de Hamilton, fortaleza del jefe de sus defensores. María levantó la bandera á su autoridad propia; y en una semana reunió alrededor de esta bandera valeroso y entusiasta ejército. Pero tal ejército fué bien pronto alcanzado por el regente y puesto en rápida é inapelable derrota. María no pudo ya quedar en Escocia. Nuevamente vencida, decidióse por salir de aquella tierra maldita para su Reina. Con el corazon despedazado llegó al golfo de Solway donde en triste barca de mísero pescador se embarcó y fué á dar en las costas inglesas de Cumberland y á ponerse bajo el amparo de su eterna enemiga la implacable Isabel de Inglaterra.

Terrible la protectora escogida por María en trance tan supremo de su historia, pero no menos terrible la protegida, que cayera entonces bajo el po-

der de Inglaterra. María se refugiaba en el corazon de una Reina rival suya por tantas y tantas causas, políticas las mas, peculiares al sexo las menos, pero todas igualmente graves. Y la orgullosa y maquiavélica Isabel, atenta siempre al brillo de su corona y al honor de su nombre y al crédito de su política, recibia entre las manos aquella tea de discordia, á la continua humeante y encendida, capaz de abrasar, no las dos islas británicas tan solo, toda la tierra europea. Mal aconsejó su instinto á María Estuardo, móvil é imprevisora mujer, arrastrada por los torbellinos de sus sentimientos á las mas dementes aventuras, y caída de las mas vehementes aventuras en las mas merecidas desgracias, impulsándola sin reflexion á entregarse sin precauciones al arbitrio de quien la envidiaba por hermosa, la temia por rival y la odiaba por católica, odio tanto mayor cuanto que veia en aquella enemiga de su persona y de su familia, por las bárbaras leyes de la herencia monárquica, nada menos que la sucesora única del eminente trono británico y de su autoridad y de su gloria. Y en tal estado de su ánimo recibia Isabel con la Estuardo aquella campana de rebato que solo acertaba con lengua resonante á lanzar por el mundo ecos de discordia, cuyos estragos lo mismo se dilataban por el archipiélago inglés que por todas las naciones europeas, aun las mas oscuras y remotas. Para María Estuardo, Isabel era una especie de tutora peligrosísima y ceñuda; mas para Isabel, protestante, inglesa, rival de Francia, enemiga de España, María Estuardo era la incesante amenaza de su trono, la discordia civil en su patria, el alma de los católicos escoceses, el terror de los luteranos británicos, la cabeza de un partido poderoso y hostil á la monarquía y á la Iglesia existentes, la fiel aliada de Felipe II, la sobrina carnal de los Lorenas, la fomentadora del partido liguero, la cómplice de las guerras españolas en los Países Bajos, la hija predilecta del Papa, su mayor enemigo, la Reina verdadera de los Lores católicos mal sometidos todavía, el espectro de la guerra interior y de la guerra continental con todo su cortejo de crímenes y horrores.

En el tiempo larguísimo de su cautiverio, desde que arriba la infeliz á Carlisle, hasta que muere bajo el peso de tantas y tan tremendas acusaciones, y bajo la letra de tantas y tan horribles sentencias en el castillo de Fotheringay, pasan catorce años de incidentes, á cuál mas terrible y amena-

zador, en cuyos incidentes corre peligro muy grave la existencia misma de Isabel; y pasa por crisis graves la tranquilidad y el orden de Inglaterra. María, desde su prision maniobra en Escocia contra su propio hermano Murray, el regente; y contra su propio hijo y heredero, Jacobo VI el monarca; subleva las tribus del Mediodía en su reino y pone al frente de tal sublevacion Lores poderosos; promueve perturbaciones grandes en los dominios mismos de Isabel, prometiendo su mano al ambicioso duque de Norfolk é incitándole á encabezar facciones poderosas; levanta una sublevacion católica en el Norte de Inglaterra para retroceder al viejo culto y reinstalar en sus privilegios á la oprimida nobleza; erige con estas increíbles temeridades aquellos patíbulos, donde mueren tantos patricios ingleses; impulsa la invasion de Inglaterra por los ejércitos irregulares de los klanes de Escocia; trama con el papa Pio V y el rey Felipe II en las célebres confabulaciones de Ridolfi nada menos que la ruina del trono inglés y de la religion luterana; sostiene todas las resistencias de las familias feudales contra la unidad del Estado así en la Gran Bretaña como en su propio patrimonial reino; atiza la universal reaccion jesuítica; excita las invasiones proyectadas por España y por los Guisas; llama repetidas veces al gran Alejandro Farnesio para que vibre y esgrima su espada invencible contra su régia carcelera; entra en una conspiracion urdida para destruir el poder inglés y asesinar á la reina Isabel; sin darse punto de reposo; tan activa, tan tenaz, tan fuerte, tan móvil, tan ciega, tan temeraria, tan pagada de sí misma y enardecida, tan imperiosa, como si en vez de habérselas con su eterna enemiga, estuviera en la cima del trono y al frente de sus cortesanos y de su ejército.

Dada la naturaleza del tiempo, las ideas entonces reinantes, que componen una especie de clima espiritual, como los flúidos componen el clima físico, la reina de Inglaterra no podia sino apresar aquella implacable y eterna enemiga, teniéndola bajo su poder, y usándola en servicio de su política y de sus intereses. Dígase cuanto se quiera de aquellos tiempos, la conciencia moral no estaba completamente segura de sí misma y la razon humana en realidad no resplandecia de la suerte y guisa que hoy resplandece. La guerra entre las ideas tenia mucho de la ceguera y de la crueldad que tiene la guerra entre las especies. El enemigo no se satisfacía con desarmar al enemigo; lo

exterminaba. La intolerancia prevalecia en todas las religiones. El derecho de la razon á pensar y el derecho á creer de la conciencia se desconocian por completo. Un Papa tan austero como Pio V bendecia un asesino cual pudiera bendecir un cruzado. Poníase á precio entre los protestantes la cabeza de los Guisas; y entre los católicos la cabeza de los Colignys. Felipe II rociaba con agua bendita el papel que guardaba un proyecto de asesinato. Poníase Catalina de Médicis á la cabeza de una matanza como pudiera ponerse á la cabeza de una fiesta. Tomábase la política por cosa tan ciega, tan cruel, tan fuera de la moral y del derecho, tan sujeta de suyo á la fatalidad, tan opuesta del todo á los principios universales de la razon humana, que le bastaban todos los medios con tal que los justificase la victoria. Isabel Tudor, á quien podríamos llamar la Felipe II del Protestantismo, rígida, fria, indiferente al bien y al mal, maquiavélica por complexion y por naturaleza; en sus miras elevada, en sus ambiciones grandiosa; hecha y compuesta por el destino para la guerra universal; sin escrúpulos de ningun género cuando se trataba de su causa y de su fe; sin respeto á ninguna ley moral, ni á ninguna consideracion humana, cuando se trataba de la fuerza de su monarquía y del prestigio de su propio nombre; al hallarse frente á frente de aquella mujer, que habia cedido la corona escocesa y hasta la corona británica, unas veces á Francia, y otras á España; de aquella mujer, que le trajera dentro del reino guerras civiles y fuera del reino guerras continentales; de aquella mujer, entregada por su nacimiento y por sus creencias á los Papas, á los Guisas, á los Austrias, á los Farnesios, á todos sus enemigos irreconciliables; al encontrársela tras una larga década increíble de combates cada vez mas arrogante; ocurriósele por fuerza lo que se le ocurre aquí en el Universo á una especie con otra especie enemiga: exterminarla. No miremos de ningun modo si tuvo razon ó no la tuvo, si buscó pretextos ó encontró motivos para su proceder implacable; no miremos la composicion de los tribunales ni la naturaleza ó índole de los jueces: aquella máquina de acusar y de procesar y de matar á María Estuardo no fué una máquina de justicia, ni aquel proceder fué un proceso, no, aquello fué un combate, donde reinaba la fatalidad y se iba en pos, ó de la victoria, ó de la muerte; y le tocó morir á María Estuardo.

Acusada por sus propios enemigos de premeditar un asesinato en su pri-

sion para deshacerse de la reina Isabel, no hay que decir cómo la tratarían; condenáronla irrevocablemente á muerte. Era el primer día de febrero, en el año 1586, cuando Davyson, secretario de la Corona, se presentó en el palacio de la reina Isabel, para llevar á su firma la orden de matar á María Estuardo. Isabel habia pretendido que diesen tal orden los ministros, sin atender absolutamente para nada, ni á su autoridad, ni á su nombre, como cosa por ellos urdida, y bajo sus responsabilidades propias perpetrada. Pero los ministros, concedores de los antiguos proceder de la Reina, temieron, y con fundamento, que si, tras la muerte de María, se levantaba en el mundo una grande indignacion, Isabel se lavase las manos, y los inmolará en holocausto á sus propias excusas y á su premeditada defensa. Así es que pidieron su firma; y mal del grado de la Reina, llegaron á obtenerla. Isabel, en su recelo de la reprobacion europea, quiso libertarse del peso abrumador, que sobre sus hombros echaba el cautiverio de María, por procedimientos mas eficaces y menos solemnes que una causa y un suplicio. Bajo tal idea, dirigió insinuaciones á Paulet, el carcelero de María Estuardo, á fin de que la matase, como pudiese matar una fiera. Mas el carcelero, persona de corazon duro y de conciencia clara, dijo que debía á la soberana bienes y vida, pero no el honor; y que deshonorado iba de seguro á pasar por la tierra y por la historia, si cometiese en débil mujer indefensa cruel asesinato. Viendo, pues, que no le quedaba ningun otro medio, y que sus ministros y sus servidores pedían las fórmulas de justicia para justificar la muerte, deploró el absolutismo de su poder, como lo deploran todos los déspotas, cuando les aflige con su exceso; y dió la repugnante orden con dolor, creyéndose justificada por la inevitable necesidad. Mas de sesenta días pasaron, sesenta días mortales, entre la notificacion de la sentencia en el calabozo y su terrible cumplimiento. La infeliz no tuvo mas consuelo en aquellos dos meses que la vuelta de su confesor arrebatado por la intolerancia del Protestantismo á su conciencia y el reintegro de sus escasos ahorros secuestrados por los recelos y sospechas crueles de Isabel. Lo que mas horrorizaba, en tantas angustias, á la pobre víctima era el temor de una muerte oscura, infligida en el silencio de las noches por algunos enmascarados protervos, que arrebatasen á sus últimos instantes la solemnidad y la grandeza del suplicio. Una iluminacion de las que

aclaran el alma, cuando á las trasfiguraciones de la muerte se acercan, revelóle con certeza cuánto habia de ganar su nombre, su recuerdo; y cuánto habian de perder sus faltas y sus crímenes, si á los piés de un verdugo rodaban por las tablas de un cadalso su corona y su cabeza. Así, á mediados de diciembre, y en el mismo año de 1586, dirigió á Isabel una carta, pidiendo que no la matase á traicion y á oscuras, entre las sombras de un calabozo y en el silencio de la noche, sino á las claras y con todas las solemnidades propias de un juicio, para que diesen fe cuantos la vieran morir de como habia muerto animosa, y fiel á su religion, aunque injustamente inmolada cual verdadera mártir. Su temor crecia tanto que miraba las puertas del calabozo á todas horas, temiendo un atentado traidor y una muerte oscura. Faltáronle á Isabel instrumentos para ello y desistió. El 5 de febrero se hallaba en el castillo de María el verdugo de Lóndres.

El día 7, un poco antes de las doce, gran golpe de gentiles-hombres llega con estrépito al puente levadizo de la fortaleza. Los escasos domésticos y servidores, que aun quedan á la soberana en su retiro, estremécense de horror y adivinan todo cuanto contiene la presencia y la visita de tan extrañas gentes. Estaba María retenida en el lecho por sus naturales indisposiciones, cuando llegaron; y si bien doliente y enferma, levantóse á recibirlos y los aguardó con gran calma. Entonces el Mariscal de Inglaterra, en compañía de varios condes y señores, entró en la estancia, é inclinándose con profundo respeto, ante la Reina, y dirigiéndole tantas reverencias, como si en vez de hallarse al borde siniestro de un patíbulo, se hallase sobre la esplendorosa cima de un trono, le anunció el inmediato cumplimiento de una sentencia, dos meses antes por ella sabida y comentada. María, que cobraba majestad conforme se iba tristemente acercando á la última hora, oyó la notificacion aquella con toda calma, como si de lo mas natural y legítimo se tratase, reprimiendo las muestras de dolor dadas por sus servidores, á quienes confortaba con la serenidad imperturbable de su ejemplo, así como con la unción y elocuencia de sus consoladoras palabras.

Después de dirigirse á sus servidores y confortarlos, encaróse María con los nobles, que le notificaban la sentencia, y díjoles cómo agradecía el anuncio del término de sus penas, en aquella nueva, la mas feliz que pudieran